

## PROPOSICIONES

## "CIENCIA, POLITICA, DEMOCRACIA"

JUSTO MELLADO S.

1. Por "nuestro marxismo" designo una concepción teórica sobre el camino de realización de una estructura política y la teoría, como un instrumento de conocimiento de un campo de fuerzas determinante.
2. Por "interpretación" entiendo un campo de fuerzas en el que se dan las representaciones políticas con una alternativa de modificación.
3. La "crisis de nuestro marxismo" puede ser entendida, en primer lugar, como crisis de aplicación (donde lo político no puede llevar a efecto el imperativo teórico); en segundo lugar, como crisis de interpretación (donde lo teórico no se da proporcionar a lo político un conocimiento adecuado del campo de fuerzas).
4. La crisis de aplicación es un efecto de la crisis por la que atraviesan las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo, y se traduce inmediatamente en crisis de conducción política; la crisis de interpretación es un efecto de la crisis por la que atraviesa la actividad de los intelectuales incorporados a la clase proletaria, y se traduce en crisis de conciencia.
5. La actividad de conducción política y la actividad de conocimiento son reguladas por y en el seno del las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo.
6. La regulación de la crisis general de "nuestro marxismo" reside en la regulación de su punto de partida sobre los cambios del conocimiento, con la regulación de los factores de aplicación de la alternativa de modificación del campo de fuerzas.



# PROPOSICIONES

1. Por "nuestro marxismo" designo una concepción general que define lo teórico como el espacio de realización de una lectura utilitaria de la coyuntura política, y la teoría, como un instrumento de conocimiento de un campo de fuerza determinado.
2. Por "interpretación" entenderé el trabajo de observación y diagnóstico del campo de fuerzas; así como el ejercicio de cálculo del índice de maniobra de las representaciones políticas del movimiento popular en vista a proponer una alternativa de modificación de dicho campo.
3. La "crisis de nuestro marxismo" puede ser entendida, en primer lugar, como crisis de aplicación (donde lo político no puede llevar a efecto el imperativo teórico); en segundo lugar, como crisis de interpretación (donde lo teórico no puede proporcionar a lo político un conocimiento adecuado del campo de fuerzas).
4. La crisis de aplicación es un efecto de la crisis por la que atraviesan las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo, y se traduce inevitablemente en crisis de conducción política; la crisis de interpretación es un efecto de la crisis por la que atraviesa la actividad de los intelectuales incorporados a la causa proletaria, y se traduce en crisis de conocimiento.
5. La actividad de conducción política y la actividad de conocimiento son realizadas por (y en el seno de) las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo.
6. La resolución de la crisis general de "nuestro marxismo" reside en la restitución de un punto de partida seguro del conocimiento, como de una readecuación de los índices de aplicación de la alternativa de modificación del campo de fuerza.
7. La restitución del punto de partida, así como la readecuación de los índi-

ces de aplicación, dependen de la voluntad política del sujeto representante (en cuyo seno convergen las actividades de conducción y de conocimiento) para reestablecer las condiciones de su posición de fuerzas en el campo de la formación social.

1.

A partir de las Proposiciones será posible pensar la hipótesis de que toda tentativa de resolver la crisis de "nuestro marxismo" está condenada al fracaso si no se realiza una crítica radical la "noción de ciencia" que lo sustenta.

Dicha noción parece corresponder "grosso modo" al ideal de las ciencias del siglo XIX, cuando propugna el establecimiento de ciertas leyes inexorables que rigen el desarrollo del proceso social, asegurando la modificación de los estados de civilización y permitiendo su sucesión de acuerdo a su conformidad con un destino racional de la humanidad. Sin embargo, la adecuada sucesión requiere la participación de un agente conductor que pueda encarnar la verdad objetiva del desarrollo social. El agente, en cuanto encarnación de la verdad objetiva del proceso tendrá por misión imponer dicha verdad al conjunto de la sociedad como condición del conocimiento de la posición de cada clase como de sus actividades combatives en el transcurso de dicho advenimiento. Dicho agente, como encarnación de la verdad objetiva del proceso, tendrá la misión de imponer al conjunto de la sociedad como condición de conocimiento de la posición de cada clase y de sus actividades (combates) en dicho advenimiento.

La necesidad del agente radica en la existencia de fuerzas regresivas que ponen en peligro la inexorabilidad de las leyes; razón que lo lleva a ser exigido por la clase portadora del proceso universal y cuya posición garantiza la sucesión de los estados para dirigir el combate y destrucción de las fuerzas regresivas y asegurar, definitivamente, la estabilidad del avance de la verdad objetiva que encarna.

Dicho combate, como la reducción de las fuerzas regresivas, lleva implícita la organización de un orden social que reemplaza al anterior, unificando totalmente el destino racional de una humanidad que hasta entonces no había hecho más que vivir en la prehistoria. De esta manera, el ideal de las ciencias del siglo XIX sustenta y legitima por todos los medios un tipo de relación de subordinación de la clase respecto de su Representante, al definirse éste como encarnación de la verdad objetiva del proceso social; verdad a la que se accede sólo por el ejercicio que el método de dicha ciencia habilita. Es posible desde la posición de una tentativa restauradora, afirmar que al ejercitar la crítica de ese ideal de las ciencias, lo que se pone en duda no es el marxismo como ciencia, sino una de sus interpretaciones dominantes, influida por la lectura engelsiana de Lenin.

Desde ésta perspectiva es dable pensar en una alternativa teórica que resitúa la tradición marxista desde su fuente y recorriendo algunos componentes del discurso leninista con el objeto de salvar la vigencia de sus premisas actuales, a las que se ha atribuido un valor universal a partir del "éxito" de la



"insurrección bolchevique" de 1917. Esta práctica nos conduce a pensar "efectos de lectura" que tendrían lugar en el seno de los movimientos sociales, su poniendo el caso de que las obras teóricas puedan producir un efecto en sentido propio, como de hecho lo conciben los agentes políticos al determinar el carácter de sus discursos como "totalidades particulares expresivas" de una "totalidad teórica superior" o "eminente", que debe cuidarse de ser puesta en duda, so pena de poner en evidente peligro de derrumbe las conclusiones con que opera en el conocimiento de las realidades.

Si existe una "interpretación positiva-engelsiana" de las leyes del desarrollo histórico, a la que corresponde una práctica autoritaria del agente que busca encarnar su verdad objetiva, es necesario pensar privilegiar una "interpretación dialéctica y crítica" que permita restituir la confianza en el destino humano por parte de una teoría surgida para liberar a los hombres de sus cadenas y no para cambiar unas cadenas por otras.

Sin embargo, en ningún caso la idea de restitución del sentido propio de la teoría marxista implica la puesta en cuestión del tipo de relación que se establece entre la clase o clases dominadas en la sociedad y sus representaciones políticas. A lo más, esta idea de restitución acarrea consigo la redefinición del rol del representante, con el propósito de arrancarlo del circuito totalitario; pero la noción de encarnación subsiste; sólo se modifica su modo de concretarse. Subsiste, pues, aquella consideración según la cual es posible lograr modificaciones en la conducta de los agentes con el solo reemplazo de sus ejercicios interpretativos y de las bases que los sostienen. Mas, no faltará quien afirme la influencia de las transformaciones del campo de fuerzas en la manera como los agentes perciben la teoría en que apoyan su conocimiento, con el pretexto de que las ideas, al ser confrontadas con la realidad y no encontrar el grado de adecuación conveniente, sufren trastornos fundamentales que las obligan a replantear sus aptitudes.

En suma, la interpretación engelsiano-práctica es corregida por una interpretación histórico-crítica, que privilegia el rol cuestionador de la realidad contradictoria, que pone en jaque de manera permanente el estatuto del agente de la representación, como un llamado constante a la autoconciencia de su función, así como al estudio y resituación de las bases de su lectura. Sin embargo, si a la primera interpretación se le imputa un "realismo político" que termina por abandonar los principios, a la segunda interpretación se la acusa de ajustarse demasiado a los principios olvidando su inserción real.

2.

A partir de la hipótesis anterior propone considerar la correspondencia manifiesta entre "el ideal de las ciencias físico-químicas" y una concepción totalitaria de la acción política. Desde esta posición, es posible la percepción del estatuto del sujeto que, separado de la clase que sostiene universalmente dicha acción, "encarna" la racionalidad y garantiza la conclusión del movimiento social. De este modo, el problema de la crisis de "nuestro marxismo" es trasladado desde el "ideal científico" que lo sostiene, al sujeto portador de sus principios, de sus métodos, de sus análisis; en fin, de su empre

sa global de conocimiento. ¿Qué se podrá esperar, entonces, de un sujeto que se instala en el escenario social con la aptitud análoga de un físico después de considerar el campo de fuerzas como un laboratorio? No deja de ser un problema grave el de no poder asegurar condiciones de reversibilidad de la experiencia. Pero si es un hecho que la historia se repite (a veces como farsa, a veces como tragedia), la reversión de los hechos podrá ser efectuada en virtud de una reconstrucción (abstracta) del pasado, como matriz de una cierta constancia, a partir de la cual será posible establecer leyes de alguna manera generales, que al establecer los límites más o menos estables del campo de fuerzas para un período o fase, harán posible el ejercicio de cálculo y de previsión de los hechos y de las acciones.

En la concepción progresista de la historia, la sucesión y articulación de modos de producción y sus residuos, parece seguir un curso inalterable. El advenimiento de la sociedad capitalista convierte la historia en "historia planetaria" y total; no sólo hace saltar las barreras de la territorialidad corporativa sino que abre el acceso a la transparencia de las leyes de su disolución. En dicha disolución el capitalismo hace realidad el acceso al conocimiento de la historia humana y prefigura la transparencia de las relaciones sociales en la medida que produce el agente de su propia destrucción; pero no es menos cierto que dicha producción instala también en la escena al agente de su propia conservación (la burguesía). En esta unidad real contradictoria cada uno de los términos opuestos se supone como condición de la fuerza antagonista del contrario. En el campo de fuerzas estatuido, lo que uno gana en terreno, lo hace sobre el terreno cedido por el otro. La política, como práctica de la fricción y de la ocupación posicional construye un lenguaje de fuerzas, en el cual, el triunfo de uno de los términos supone la inversión de la relación de dominación en provecho del desarrollo humano.

El desarrollo, por inexorable y progresivo que haya sido presentado, no por ello realizará de manera autoproducida el paso del capitalismo al socialismo, como no ocurrió tampoco en el paso del feudalismo al capitalismo. Ahora bien, en la medida del fracaso de algunas transformaciones sociales a nivel planetario, una teoría de la transición ha sido puesta en evidente estado de insuficiencia, por no decir de ausencia. Marx, como siempre, habría proporcionado algunos esbozos que debían ser retomados por su posteridad; sin embargo, en alguna parte de su historia, dicha posteridad ha sido incapaz de producir la teoría necesaria. Subsiste el reconocimiento de principio, que dicho paso, oculto en la maraña de su posibilidad estructural, precisa de un agente desencadenante que desvele la forma de su paso, así como permita y ejerza el cálculo y la previsión científica orientada a señalar el camino y los plazos dentro de los cuales dicho paso ha de realizarse.

La transición, pues, exige que el agente potencial de la superación histórica anticipe en acto el advenimiento de la transparencia; es decir, el conocimiento del fundamento real del proceso, dificultado por la ubicación del agente antagonístico en situación dominante que pondrá toda su industrialidad en mantener el velo que impide el acceso a la verdad del destino humano. Mas, el agente potencial no puede acceder a la verdad porque la situación en que se encuentra se lo impide objetivamente, por lo que surge la necesidad de recibir



el auxilio de una ciencia que le permita acceder al núcleo de la verdad, que será la verdad objetiva del proceso. La ciencia exterior internalizada por el agente tendrá por función permitir el acceso metódico a la verdad objetiva del proceso, sin lo cual no podrá ejercer la función correlativa de previsión y cálculo de la acción del agente en el campo de fuerza estatuido.

Entonces el espacio del campo de fuerzas será uno, la verdad que lo rige será una, su accesión será realizada por una sola entidad; aquella que ha operado la importación de la ciencia y que en nombre del agente será la única habilitada para encarnar dicha realización.

Pues bien: ¿de qué ciencia se trata? De una ciencia que se veía venir; es decir, exigida por la historia misma para resolver los problemas inherentes a su desarrollo discontinuo, porque sabido es que la realidad sólo se plantea problemas que puede resolver. El surgimiento del marxismo, pues, sólo es posible en el siglo XIX, previa constitución de ciertas condiciones objetivas, de las cuales, la más importante es sin duda el desarrollo del proletariado moderno; es decir, aquel agente histórico en virtud de cuya acción se hará efectiva transparencia de las relaciones sociales, como ha sido apuntado con anterioridad. Cabe concluir, de este modo, que la verdad objetiva del proceso es puesta en estado de revelación por la práctica del movimiento popular organizado, que abre las vías de acceso al conocimiento de la totalidad social concebida como campo de fuerzas, cuyos componentes se articulan de acuerdo a códigos precisos. El establecimiento de la ciencia marxista, aparece ligado al problema del estatuto de su portador, es decir, del partido político. En suma, el ideal decimonónico de las ciencias naturales se combina con una concepción militar dieciochesca para dar curso a una noción de la política y de lo político como práctica de la victoria (del éxito y de la rentabilidad significativa), según la cual, la "realización exitosa" de un programa será asimilada a la verdad de un conjunto de proposiciones secretadas por una ciencia especial que ha construido su objeto en la necesaria transformación de los hechos sociales. Ciencia de hechos y no de imaginaciones, como una parodia social de la ciencia galileana.

Mientras tanto, las detenciones o atrasos (planetarios) en el avance del movimiento revolucionario serán imputables a una crisis del portador, que se traduce en la incapacidad que tiene para conocer el campo de fuerzas y realizar su actividad de cálculo y previsión. El avance o atraso del movimiento serán eternamente imputables al conocimiento; y un conocimiento como éste surge de la necesidad de transformar un campo que se rige, el también por leyes inexorables, y cuya transformación efectiva depende de la fuerza real conocida por la clase subordinada.

3.

El desencadenamiento de la crisis de "nuestro marxismo" tiene lugar cuando deja de realizarse el imperativo de accesión a la verdad objetiva en el campo particular de fuerzas de una formación social como la nuestra. La imputación sería del siguiente tenor: la actividad reductora de "nuestro marxismo" ha sido incapaz de proporcionar la verdad de nuestra formación. Es en este sentido que me

he referido al distinguir esta crisis generalizada como una doble crisis de aplicación y de interpretación. Sin embargo, es posible afirmar la inexistencia de una crisis real y sostenida, y propugnar el reconocimiento de una crisis transitoria referida al problema del acceso al conocimiento, que a una crisis de conocimiento propiamente tal. En este caso, el camino de una solución exige insistir en las condiciones de acceso al conocimiento a partir de la restitución de una operatoria categorial que hasta entonces (1973-1980) habría sido insuficientemente empleada por sus cultores. Al mismo tiempo, un cierto "fatalismo" nos conduciría a defender una noción de ruptura que divide la historia del conocimiento social chileno en un "antes" y un "después" de septiembre de 1973. De este modo, "antes", al menos se conocía, aunque de manera insuficiente; "hoy", en cambio, apenas se conoce; y aquello que se conoce no parece cumplir con las exigencias de una renovación. En oposición al "fatalismo", un cierto optimismo militante afirma, desde ya, la existencia de un espacio en constitución, en cuyo seno se preparan las condiciones de una restitución metodológica que podrá traducirse, en un plazo cercano, en conocimiento nuevo y objetivo de la nueva situación concreta: el "nuevo escenario" de la sociedad chilena. Ciertamente, frente a esta exigencia, las antiguas normas del marco teórico-programático de la izquierda chilena ya no permiten la adecuada apropiación de la verdad objetiva del proceso social.

No cabe duda que el punto de partida habitual se ha desintegrado y no se encuentra desde qué ni desde dónde fundar una crítica sólida a la realidad actual y diseñar a la par una alternativa convincente.

La crítica tiene por misión entregar los elementos sobre cuya base se podrá diseñar una alternativa; mas, no se trata de una alternativa cualquiera, sino convincente, es decir, realizable. La crítica es quien proporciona los indicadores sobre cuya base será calculada la tensión de las fuerzas del campo. La alternativa impone con su necesaria actualización, la urgencia de un diseño que haga coincidir los intereses del sector dominado con las proposiciones de conducción de la entidad representativa en una coyuntura determinada. El diseño, pues, presupone la crítica y, la crítica es impotente si no se traduce en diseño concreto. Es una idea de poder y traducibilidad la que mantiene en alto la voluntad de la entidad representativa como agente de la crítica y propo-  
nente del diseño a las amplias mayorías que sabrán (o no sabrán) hacerlo suyo.

La apropiación esperada dependerá tanto de la claridad expositiva como de la proposición de acciones sectoriales concretas, pero referidas a la totalidad del proceso. La confianza de la entidad representativa en la razón es infinita. Las masas sólo conocen en y por la práctica. La razón teórica posee una base práctica innegable. Hasta aquí, la fábula del progreso racional de las ideas en el seno de la clase obrera. Si estas ideas son acogidas, ¡qué mayor prueba de su corrección!, y por este camino, el consenso social es atribuido a la acquiescencia de un grupo respecto a la institución que traduce sus tensiones y descifra el jeroglífico de su figuración.

La crítica se traduce en diseño, pero al mismo tiempo, la entidad cognoscente traduce los sentimientos e ideas dispersas de las masas, con el objeto de provocar su conexión con la máquina propositiva que actúa como aparato selec-



tivo de intereses potenciales cuya manifestación se hará explícita en la medida de su ajuste al marco del diseño. En suma, diseño y alternativa han de seguir un camino real, apegado al campo de lo posible.

Exigida por una necesidad histórica de conocimiento, la entidad se instala para modificar las condiciones de una ignorancia determinada y perpetuar la distancia entre sí y la clase, como separación necesaria en virtud de la cual será posible saber quién es quién, viviendo cotidianamente dicha separación como una unidad férrea que sella la capacidad ofensiva de este mediador que negociará por ella y para sí una ubicación de privilegio en el campo de fuerzas. Su resultado social no puede sino ser la organización de una sociedad construida a su imagen y semejanza.

#### CONCLUSION

El interés de plantear estas observaciones apunta a denunciar el carácter ilusorio de la resolución de la crisis de "nuestro marxismo"; porque, en sentido estricto, no hay crisis que resolver, sino más bien reajuste de conocimiento y reorganización de las entidades representativas de la clase obrera y el pueblo. A mi entender, lo que se ha denominado crisis, es el modo habitual que tiene el Movimiento de presentarse a sí mismo durante los períodos de reflujo. Si de crisis se trata, ésta no es una crisis de principios, sino de "aplicabilidad", producto de una derrota de convergadura, luego de la cual se ha de esperar la aparición de una nueva coyuntura en la que se podrá invertir el capital acumulado en el período de reflujo, incorporando a sus temas de reflexión y de convocación algunos tópicos que no habrían sido tomados en cuenta en épocas anteriores como elementos de formación de una alianza amplia.

Lo que he denominado "crisis de implementación" y "crisis de conocimiento", se revela en estos instantes como núcleos de insuficiencias y carencias teórico-programáticas que han de ser reestablecidas con todos sus derechos en el marco monolítico de una concepción de la política reducida al enfrentamiento de bloques. Se puede escribir esta historia relatando sus ausencias, y de hecho, ésta es una tendencia que domina. Tanto E. Tironi como J. Martínez proponen avanzar y traspasar el obstáculo de las ausencias; pero parecen obviar el problema de quién es el nuevo relator institucional de esta historia. A mi entender, la lucha política no sabría circunscribirse al nivel exclusivo de las relaciones de fuerzas aparentes; sin embargo, eso es lo único que sabe; además, lo sabe de modo incompleto.

El partido, la misión histórica del proletariado, el fundamento de la ciencia, forman parte de una cadena orgánica que ordena el espacio social como lo haría una formación militar preparada al combate. (La "vida partidaria" como vida excepcional, porque el estado de urgencia es su condición permanente). No podríamos entonces, dejar de recordar a Lenin gran lector de von Clausewitz, ni tampoco los pequeños clásicos maoístas de la época de la Gran Marcha, ni los comentarios heroicos escritos por el vencedor de Dien-Bien-Phu, que aliriera el camino de una concepción que fundamentara más de una década de ensayos insurreccionales en nuestro continente. En síntesis, con las armas o sin ellas,

el núcleo subsiste y consolida una visión del mundo, un cierto sentido común marxista que tendrá un comportamiento análogo, tanto en los frentes de batalla propiamente tales como en las batallas cotidianas de cada frente de trabajo militante, estatuidos en trincheras privilegiadas de una guerra prolongada que se extiende a la totalidad del tejido social.

El dominio de las relaciones de fuerza no es el dominio único ni exclusivo de la lucha política. El hecho que sea el único, manifiesta el carácter excluyente de su ubicación. Las llamadas "luchas minoritarias", que se desenvuelven haciendo caso omiso del campo de fuerzas y de sus agentes, son relegadas al sitio que ocupan los residuos sociales, fácilmente identificadas como patología espontaneísta del movimiento global. Sus objetivos poco tienen que ver con el "pan, trabajo y libertad"; al menos de manera visible, y son circunscritos al rango de preocupaciones pequeño-burguesas de las sociedades capitalistas avanzadas. Mas, con ello se es fiel a la reproducción del modelo centralista del capital en sus distinciones impertinentes de metrópoli satélite y/o de adelanto retraso, porque permite a las direcciones políticas decidir los grados de pertinencia y de privilegios de los temas relevantes del período. En definitiva, cada período expresaría sus contradicciones en un pequeño número de temas relevantes "de por sí", en función de cuya imposición las fuerzas sociales en presencia luchan denodadamente.

Por el contrario, lo minoritario apunta a la ausencia de un centro de referencia. La lucha política centralizada, en cambio, requiere la existencia de máquinas de guerra capaces de oponerse al adversario; requiere igualmente la existencia de organismos políticos que se inserten en el campo de relaciones de fuerza; sus organizaciones deben ser "representativas", coordinar las luchas, proponer una estrategia y una táctica.

Sin embargo, la sola existencia de los "socialismos reales" nos ha mostrado que incluso después del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder podía reproducirse en el Estado, en la familia y en las filas de la revolución. La lucha de clases en general, nos sigue mostrando que incluso antes del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder se reproduce "contaminando" las filas de la revolución, actualizando en el seno de la familia, del Estado, etc., el germen de la nueva dominación. Ciertamente, bajo este aspecto, el partido político ha sido la prefiguración de la sociedad futura.

El "Inventario", de E. Tironi, centra su interés, tanto en la incorporación a la "reflexión de izquierda" de algunos temas que no estaban incorporados a su tradición, como en la reforma del estilo político, con el objeto de establecer una férrea capacidad de convocación social. Mis observaciones sólo desean dejar instalada, junto a esta exigencia del momento, la necesidad de investigar el problema del estatuto de la institución convocante; es decir, el lugar que ocupa el sujeto social convocante, la forma de su instalación y el modo como produce su discurso unificador.